



En el norte de Iraq, concretamente en la región autónoma del Kurdistán

Flavio Cosío Moreno.

Son la once de la mañana de un día de julio y hace apenas unas horas he estado tomando una taza de té mientras veía pasar las aguas del Gran Zab, afluente del Tigris. Poderoso como hace milenios, el río nos recuerda la fuerza de la naturaleza y nos ubica en un lugar concreto del mapa: la antigua Mesopotamia, la cuna de la civilización, el lugar donde se inventó la escritura. Maltratada desde hace décadas por la guerra, la tierra que fuera escenario de las aventuras de Gilgamesh (héroe de la mitología Sumeria), se despereza frente a la barbarie que

se ha vivido a unos cuantos kilómetros de dónde me encuentro.

Estoy en el norte de Iraq, concretamente en la región autónoma del Kurdistán, a escasos kilómetros de la frontera turca y a tan solo unos sesenta de la ciudad de Mosul. Pero lo que he venido a buscar aquí no son los vestigios de una guerra reciente, sino a las gentes que han sobrevivido a ella y se refugian en una ciudad tan pequeña como santa: Lalish. Se cree que el arca de Noé varó en estas tierras tras el diluvio, siendo por ello el primer enclave donde se estableció la vida después de la catástrofe. Es el lugar donde viven los adoradores del pavo real y a los que llaman seguidores del diablo. Es la tierra de los maltratados yazidíes.



El ardiente suelo hiere mis pies al pisar la sagrada Lalish. Ningún peregrino puede hollar con sus botas el suelo de esta ciudad, por lo que es obligatorio descalzarse y dejar los zapatos fuera del recinto. Kamal, mi taxista, hace un gesto para decirme que cuidará de mis maltrechas sandalias hasta que regrese. Nos acabamos de conocer tan solo una hora antes. Él se encontraba apostado en un cruce de carreteras entre Erbil (una de las ciudades más antiguas del mundo permanentemente poblada) y Duhok, lugar dónde he logrado bajar de un taxi compartido y negociar el trayecto hasta aquí.

El taxi de Kamal está hecho un desastre y me ha cobrado seguramente un precio desmedido, pero parece buena gente y me fío de él, aunque no tanto de su desvencijado vehículo. Las lunas rajadas y sucias apenas permiten ver a través de ellas, y un polvo amarillento y pegajoso puebla la carrocería. Tal es la cantidad de suciedad, que al quitarme el cinturón de seguridad me ha quedado una franja polvorienta en la camiseta.

El enclave está ubicado en una zona rocosa de no mucha altitud, donde un gran número de árboles aparecen diseminados por las laderas de la montaña. Antes de entrar al recinto veo a una familia, disfrutan de un almuerzo a la sombra de un árbol. Asciendo por una pequeña pendiente hasta llegar a un puesto de control. Saludo a los militares que se sorprenden al verme llegar. Pase, dice uno de ellos con prontitud. El calor sigue abrasando mis pies, aunque aún es temprano se esperan temperaturas de hasta cuarenta y cinco grados centígrados.

Dirijo mis pasos a la primera puerta y aparece un patio donde hay dos señores charlando. Al ver mi desorientación, amablemente me dirigen hacia la entrada correcta, no sin antes preguntar por mi procedencia. Siguiendo su consejo, entro a otro patio más amplio, donde un poderoso árbol se inclina reverente, ante la bella entrada al templo sagrado. Una negra serpiente en el lado derecho, nos recuerda la amenaza que se cierne sobre estas gentes. El contraste entre el oscuro ofidio y el blanco de la puerta choca de manera antagónica, haciéndome pensar en la simbología del mal. Apenas reparo en la presencia de un individuo que está recostado en el suelo bajo un techo y jugueteando con un pequeño globo, parece una especie de gurú sacado de las mil y una noches, aunque el objeto que tiene en las manos no me encaja. Reclinado sobre unas telas acolchadas inclina su cabeza a mi llegada, yo hago lo mismo. Pregunto si puedo entrar al interior e indica que no con una sonrisa, claramente no repara en lo que me ha costado llegar hasta allí.

